



DIBUJOS: DEVILS, DEMONS AND WITCHCRAFT ERNEST AND JOHANNA LEHNER

## EL OFICIO ANGÉLICO

*Para Ángel José Fernández,  
 quien, de esta materia, conoce lo que se ha  
 de saber.*

*El carácter del hombre es su demonio  
 Heráclito, Fragmentos, 119.*

*Dios es la máxima creación de la literatura  
 fantástica.*

*Lo que imaginaron Wells, Kafka y Poe no es  
 nada comparado con lo que imaginó la  
 teología.*

Jorge Luis Borges

Una de las historias angélicas más conocidas del Occidente cristiano, perpetuada por leyendas ancilares y, más tarde, por la pintura religiosa e ilustraciones de catecismos y libros piadosos, describe la descomunal batalla entre las cohortes que se mantuvieron fieles al Poder y aquéllas que se atrevieron a desafiarlo. El origen de esa lucha (y el conflicto mismo) no aparece circunstanciado en ninguna crónica confiable, como podría ser la del libro del *Génesis* (en *Génesis* 6,2 sólo se alude a la mezcla de ángeles buenos y malos), ni hay crónicas pormenorizadas de ella en el Antiguo o el Nuevo Testamento (sólo hay una mención al hecho de que los ángeles fueron puestos a prueba en *Apocalipsis* 12, 7-10); dicho conflicto, sin embargo, semejante a una guerra civil cuya liza fueron los Cielos, no deja de ser interesante pues plantea los orígenes del mal y de la oscuridad, y se puede historiar así: en el lapso que se abre con

Enrique López Aguilar

la imagen del Espíritu de Dios cernido sobre las aguas, en los albores del universo, y se cierra con la de Eva en el Jardín, tentada por la Serpiente, ocurrió que Luzbel, el arcángel predilecto, llegó a obnubilarse por su cercanía con la Potestad hasta el punto de que creyó poder competir con ella... era tan impecable, hermoso y predilecto que no se dio cuenta de que estaba cometiendo (e inventando, tal vez) el pecado por antonomasia: el orgullo. Por culpa de ese pecado, no sólo creyó oportuno dejar de adorar a su creador, sino que ponderó la posibilidad de que éste le cediera su escaño. Humanamente hablando, ese desacato era equivalente a un golpe de estado. Yahvé respondió, divinamente, con la represión. Alejó de sí a la aborrecida criatura que se le insubordinaba (después fue conocida como “el simio de Dios”) y lanzó sobre ella y sus adláteres a los ejércitos celestiales, cuyos más destacados espíritus fueron los arcángeles y los ángeles. Los seguidores de Luzbel fueron derrotados junto con

su jefe, a quien se renombró como Lucifer, y acto seguido (si en la eternidad se tolerara la sucesión temporal) fueron precipitados al flamante Infierno.

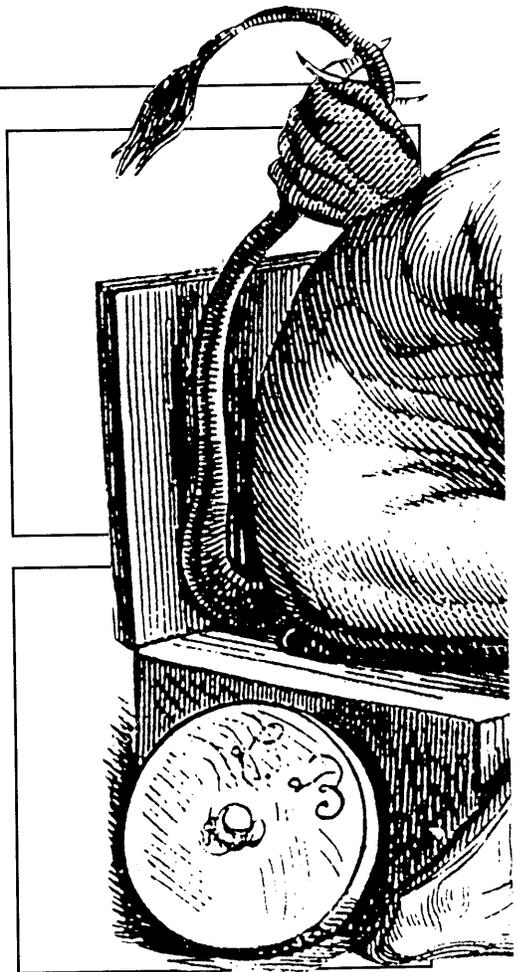
Tuvieron que pasar muchos siglos para que un bardo fuera capaz de celebrar dichas hazañas trascendentales, más complejas, si cabe, que las de Helena, Aquiles, Agamenón y Héctor, y no muy lejanas de los conflictos celestes en los que Zeus y la generación olímpica tuvieron que luchar esforzadamente contra titanes, gigantes y demás seres derivados de las tres generaciones de dioses que precedieron al Olimpo. El Homero de esta metafísica epopeya judeocristiana fue un inglés, el poeta John Milton, quien en su *Paraíso perdido* dotó de cañones y armas mortíferas a las fuerzas angelicales. Sin embargo, a diferencia de otras guerras, como las conservadas en el *Ramayana*, *La teogonía* y muchas obras cosmogónicas, poco se sabe de las minucias de éstas: de entre la turba de posibles combatientes y guerreros, de jefes, movimientos de masas y enfrentamientos personales, sólo surgen los nombres de Miguel (general de los ejércitos celestiales) y Luzbel (cabecilla de los insurrectos), y la imagen de un arcángel victorioso que precipita al abismo del dolor, con su lanza (o su espada), al derrotado Demonio (mejor sería llamarlo *Diablo*). Pareciera que, metonímicamente, se hubiera querido abstraer a la corte angelical en la figura de Miguel, y a la diabó-

lica en la de Lucifer, quien, junto con su derrota, cambió sus antiguos atributos arcangélicos por un color sombrío: dejó de ser "el resplandeciente" para metamorfosearse en el ángel azul (oscuro).

No deja de ser interesante señalar que, contra la costumbre de ver en Lucifer a un ser horrible y deformado, tanto él como los ángeles caídos no se metamorfosearon en su naturaleza ni en accidentes como la apariencia, sino en su vínculo con el bien, pues lo aborrecen de manera definitiva y apasionada. Para decirlo mejor, se trata de ángeles apóstatas cuya fascinación por las formas los colocó detrás del culto a los ídolos y los hizo causantes del sufrimiento de los fieles, inexistentes en el momento de la Caída, salvo los espíritus angélicos que permanecieron junto al Trono. De acuerdo a las resoluciones del IV Concilio de Letrán (1215), el Diablo y sus seguidores fueron creados buenos por naturaleza, pero ellos, por sí mismos, se hicieron malos.

Esta saga a lo divino, que ha prohibido incontables discusiones acerca de la rebeldía y la sumisión, del estado de caída, de la libertad, del origen del mal en el universo, del libre albedrío y de la fidelidad, no deja de tener sesgos perturbadores, pues, aceptando que el mal sea la ausencia del bien y que las fuerzas negativas sean el cerrojo de una puerta que está en las antípodas de Dios, resulta inexplicable que ante la presencia del Sumo Bien se pueda elegir el Sumo Mal: eso implica que los salvados, no obstante encontrarse ante la inefable presencia del Señor, podrían optar por el sendero equivocado desde el mismo Cielo...Hugo de san Víctor, Pedro Lombardo, Guillermo de Auxerre y san Buenaventura trataron de penetrar los orígenes morales de esta sutil batalla y precisar el intervalo en el que algunos ángeles pecaron, por lo que defendieron la idea de que debió existir un paréntesis entre el momento de la creación de los ángeles y el de la posterior separación de aquéllos que decidieron ser buenos y de los que optaron por la maldad. Los autores menciona-

dos creyeron que Dios, en el ejercicio de una coherencia ejemplar, puesto que los hombres tendrían después oportunidades parecidas en el Edén, quiso dar a sus criaturas el derecho de alcanzar el cielo a través de los méritos personales o el de condenarse: sometidos a una de esas pruebas que tanto complacen al Hacedor, los espíritus angélicos pudieron elegir entre el pecado o la virtud, en ejercicio de su libertad. Sin embargo, cuál fue el pecado angélico, es algo que no siempre tuvo un acuerdo unánime. Se ha creído que fue la lujuria (¿ejercida sobre qué objeto o qué persona?) o la envidia, pero san Agustín decidió que el orgullo fue el pecado engendrador de los demás; según él, cuando los ángeles refieren el conocimiento de las cosas a la alabanza del Verbo, permanecen en la luz, pero cuando se vuelven orgullosamente hacia sí y se complacen en sí mismos, se convierten en tinieblas. De esta manera, la historia de la Caída pudo deberse, razonablemente, a la negativa de Luzbel de adorar a su -Creador: le corresponde la honra de haber inventado la palabra "no" y la de haber sido fiel a sus convicciones, no obstante la certidumbre de la derrota inevitable. Como quiera que sea, para evitarse dificultades con la trascendencia, Pedro Lombardo y los demás pensadores llegaron a la conclusión de que, una vez alcanzada la bienaventuranza, los ángeles ya no pudieron volver a elegir el pecado y de que nunca más se volverán a abrir en el Cielo oportunidades electivas como la que separó a las huestes de Lucifer de las de Miguel.



La palabra "demonio" significa "el que distribuye" y, originalmente, en las concepciones orientales y occidentales, ángeles y demonios eran malos o buenos, indistintamente. La presencia de espíritus con una constante participación en los asuntos de los hombres, ya como fuerzas abstractas o como entidades personificables, explica el temor y la popularidad que producían entre los hombres, expuestos a las inclemencias y reveses del clima, la enfermedad y el destino. Su poder se demuestra en el hecho de que, según Porfirio (*Abstinentia*), uno de los maleficios característicos de los demonios es el de la posesión, pues los malos espíritus tienen la facultad de entrar al cuerpo humano a través de la sangre, de la carne comida o del aire respirado. Entre algunas de esas potencias, buenas o malas, se encuentran los *angelos*, *daimones*, *pneuma* y *dynamis*, de Grecia (en la *Iliada*, los mensajeros son llamados *angelos* sin importar que se trate de dioses, como Hermes, o de seres huma-



nos; en la cultura presocrática se llegó a nombrar *daimon* a la potencia sobrehumana que, más adelante, los autores trágicos definieron como Destino). Otras fuerzas angélico-demoniacas de la Antigüedad, igualmente ambiguas en cuanto a su carga moral, fueron los *yinn*, del mundo preislámico; los *ha-watify ha-fazza*, de Arabia y varios pueblos semíticos; los *ifrit* (con frecuentes intervenciones en *Las mil y una noches*), *knumén* y *erebuti*, de Egipto. Ejemplos similares de otras culturas están provistos por las *rusalkas* eslavas, las hadas celtas y las valquirias germánicas, recolectoras, éstas, de las almas de los guerreros muertos en batalla para entrenarlos en el banquete de Odín y prepararlos para el *Ragnarök*.

Un ejemplo de la condición imprecisa de ángeles y demonios en la Antigüedad es que Labeo, todavía en el siglo I de nuestra era, consideraba sinónimas las palabras *angeli* y *daemones*. A partir del siglo IV fue que la palabra *daimon* se degradó en su significado y comenzó

a conservar exclusivamente la connotación maligna de los seres a los que aludía, razón por la que los cristianos la escogieron para designar sólo a los ángeles malos. Sin embargo, "*diabolus*" (de la voz griega "*diábolos*") es una palabra que sirve mejor para los afanes del cristianismo, pues su significado es "el que desune, calumnia y siembra la discordia", si bien es cierto que ingresa más tardíamente, alrededor del siglo X, al léxico de los creyentes.

Es indudable que, en la cosmogonía judeocristiana, el Diablo se ha apuntado grandes aciertos y no siempre ha sido el perenne derrotado. Uno de ellos consta en el libro de *Job*. Como si tuviera derecho de picaporte en el Cielo, Lucifer se presentó en medio de la reunión de Dios con sus ángeles e interrumpió una babilónica discusión acerca de quién sería el hombre más justo entre los hombres, quién, aquel que amaba de verdad a su Señor. El pleno de la Asamblea votó que ese hombre era Job (qué de males no se hubieran evitado Sodoma y Gomorra si un acuerdo parecido se hubiera logrado acerca de diez justos en ambas ciudades, de acuerdo a la petición de Lot).

-¡Qué fácil! -interrumpió el Caído. Job lo tiene todo. ¿Cómo no te va a querer? Permite que lo toque, que le quite lo que le has dado y que lo cubra de enfermedades y ya verás si no te maldice... lo que pasa es que se trata de un interesado y su amor sólo surge de la conveniencia.

Después de una somera discusión en

la que ni Dios ni los ángeles estuvieron de acuerdo con las afirmaciones de Satanás, Aquél le dio permiso de probar a Job y dijo así, a saber:

-Te permito que lo toques, pero sólo en sus bienes.

Ese fue el principio de una larga pesadilla para Job, quien se encontró en el centro de una conflagración de la que no estaba enterado y en la que no había elegido participar: lo perdió todo y, precariamente, salvó la vida. Es cierto que su paciencia no tuvo los visos de incondicionalidad que hubieran debido esperarse en un personaje de su condición legendaria, pero sobrevivió con dignidad estoica (si se permite el anacronismo) y Yahvé lo premió, devolviéndole diez veces más de todo lo que le había quitado (pero nunca la sonrisa de su primera esposa ni esa manera del primogénito de acercarse a él ni esa dulzura peculiar de la niña más chica). De lo que nadie se dio cuenta fue de que Lucifer había tentado a la Luz y de que ésta cayó en la tentación, pues accedió a probar a un hombre de quien le constaban la fidelidad y el amor, aunque nada le está vedado a la omnisciencia del Dios de los Ejércitos, salvo, tal vez, algunas de las argucias del Tentador.

Siglos después de la "transgresión" de Eva, cuya humana curiosidad empujó al género humano a su caída (en los pecados capitales, mortales y veniales, en la enfermedad, en la mortalidad, en el dolor: en el mundo, pues, lejos del Edén, y en la libertad), lo cual significó una victoria estratégica muy importante para Lucifer, y siglos después de la tentación de Dios, cuya veleidad sumió a Job en la desolación, a otro arcángel le cupo la gloria de obtener un nuevo avance contra el Malo, aunque por un camino muy distinto al seguido por Miguel: Gabriel ("*fuera de Dios*") fue designado por el mismo Yahvé para que anunciara a María que era la elegida y, después, para que presenciara la manera como el Paráclito iba a descender sobre ella y, junto a ese descendimiento, cómo la semilla iba a engendrar sin mácula al Mesías dentro de su vientre virginal. Ya se sabe que el nacimiento

de Jesús se proyectó contra las puertas del Infierno, abrió las del Cielo y dejó suspendida la batalla final entre las legiones de la Luz y la Oscuridad hasta el final de los tiempos.

En el interin, puede suponerse la intervención de un tercer arcángel en la historia evangélica: si Miguel (“¿Quién como Dios?”) es el vencedor de los dragones; si Gabriel, el mensajero e iniciador; y si Rafael (“medicina de Dios”), el guía de los médicos y los viajeros, puede inferirse que éste pudo ser quien dirigiera el camino de la Sagrada Familia cuando huyó a Egipto, después del nacimiento de Jesús, debido a la decisión de Herodes de matar a todos los niños judíos menores de dos años. Esta tríada de arcángeles ha sido, no por nada, la más conocida y prestigiosa en el mundo cristiano, sobre todo a partir del espaldarazo de los concilios de Roma (745) y Aquisgrán (789), que sólo aceptaron como objeto de culto a Miguel, Gabriel y Rafael. Las siguientes fechas fueron asignadas para la celebración de sus fiestas (de segunda clase): el 24 de marzo para los dos primeros y el 24 de octubre para el último. Actualmente se les festeja el 29 de septiembre; el 2 de octubre se ha reservado para los ángeles custodios.

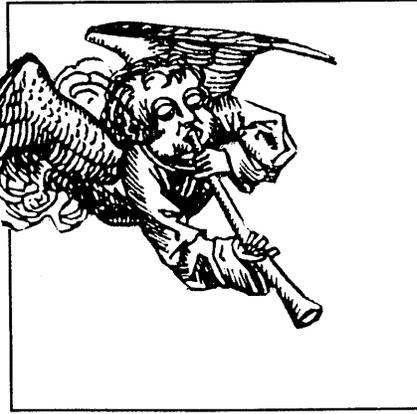
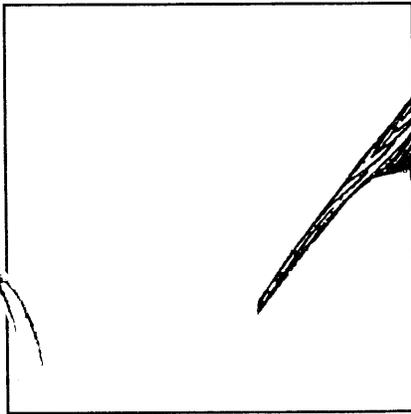
Los demás arcángeles brillan por su ausencia en las historias sagradas: Sealtiel, Gamaliel, Uriel (quien fue descartado explícitamente, junto con su nombre, por los dos concilios mencionados)... y lo mismo puede decirse de los ángeles (los verdaderos mensajeros), pues, salvo la certidumbre tumultuosa que de ellos tenían Dionisio

Arcopagita y Justino, convencidos angelólogos que disertaron sobre la naturaleza angélica desde los albores del cristianismo, ninguno ha trascendido por su nombre. Se entiende, sí, que cada ser humano tenga su ángel de la guarda o custodio, encargado de proteger el alma del mortal a su cuidado y de defenderla contra las accechanzas del Diablo; el *Apocalipsis* habla de siete ángeles trompeteros que avisarán de siete plagas y calamidades que van a preparar la llegada del Jesús belicoso y triunfante, en el fin de los tiempos; y otros ángeles, hay que reconocerlo, se han vuelto famosos, pero son anónimos: el querubín que presidió la expulsión de Adán y Eva del Paraíso y el que venció alevosamente a Jacob, al pie de una inmensa escalinata; el ángel que inspiró a Daniel, el que llamó a Samuel, el que limpió el rostro de Jesús en el Huerto, el que estaba sentado en el interior de la tumba de Jesús después de su resurrección, el que libró a Pedro de los grilletes en la cárcel romana, el exterminador del último día

y ejecutor de las venganzas del Terrible Que Está En Lo Alto (*Exodo* 12, 23; Ernesto Sábato lo ha identificado con el nombre de Abbadón)...

No obstante eso, hay incontables menciones a los ángeles y al Diablo, distribuidas entre varios de los libros bíblicos (*Génesis, Job, Salmos, Ezequiel, Daniel, Lucas* -de manera relevante, sobre los demás evangelistas, por lo que su representación en la iconografía cristiana es la de un ángel-, las epístolas paulinas, *Apocalipsis*, etc.) y se sabe que la angelología adquirió especial intensidad durante el destierro israelita, por el contacto con la cultura persa, pero en ningún lugar se comenta que sea nueve el número de jerarquías ni se dice nada acerca de su organización ni de su mayor o menor cercanía a El Que Es. Parece claro que el número de grados simula la organización aristocrática de los hombres, pero no siempre es muy diáfana su función dentro de la economía del Cielo.

Entonces, ¿quiénes son esos seres evanescentes? Dice Agustín de Hipona (*Encarnaciones in Psalmos*) que, por su naturaleza, deben llamarse “*spiritus*” pero que, por su oficio, adquieren el nombre de “*ángeles*”. Esto significa que, cuando se encuentran “inactivos”, en un puro estado ontológico, su denominación deja de lado la esforzada etimología derivada de la palabra hebrea “*Mal’äk*”, cuyo sentido se identificó con el del “*angelos*” griego hasta llegar a la forma latina “*angelus*”: “el mensajero” y, más propiamente, “el mensajero de Dios”. Sin embargo, con el paso del tiempo, angelólogos como Ireneo, el



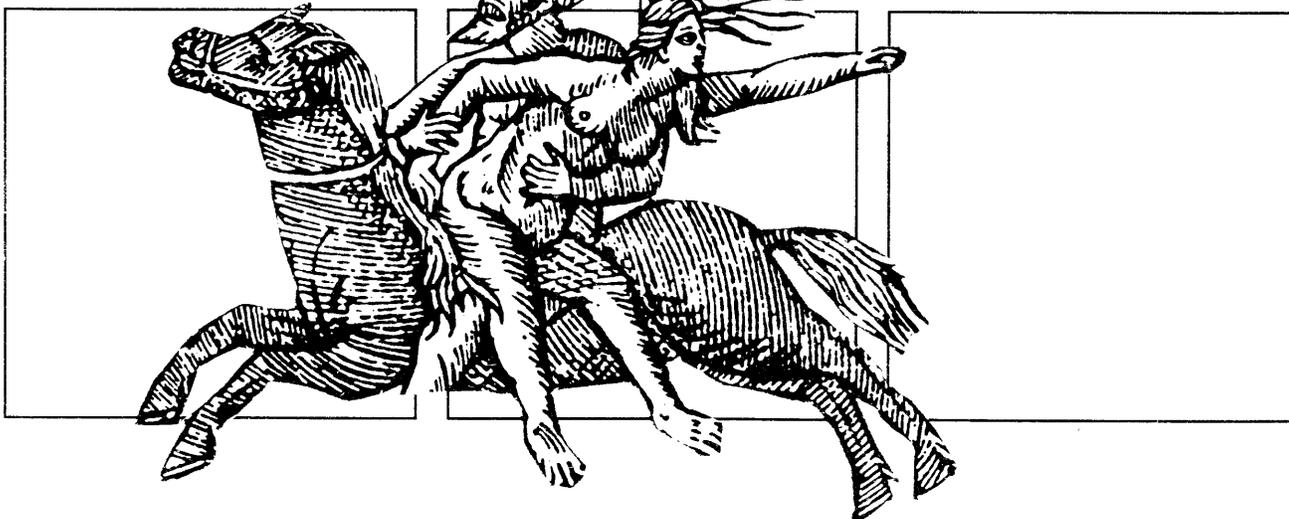
primero en articular una doctrina sobre los ángeles, Atenágoras, Proclo, Gregorio Magno, Máximo el Confesor, Juan Damasceno y Teodoro Estudita, se han encargado de ir descubriendo más y más oficios y funciones entre ellos, que superan al del simple servicio de mensajería. La siguiente es una sucinta (aunque no exhaustiva) relación de actividades de los espíritus a los que se conoce como "ángeles": son seres intermediarios entre los dioses y los hombres; en el Cielo, adoran a Dios, en la Tierra, transmiten su voluntad a los seres humanos, actúan para anunciar, protegen a los justos, castigan a los malvados, luchan contra las huestes diabólicas, personifican místicamente al mismo Dios, ejecutan sus decretos y hacen obedecer sus órdenes; de manera abstracta, hacen ostensible la bondad del Creador, y de manera concreta participan como sus instrumentos en la economía salvífica del hombre (sin embargo, como no pueden penetrar la intimidad personal de éste, facultad sólo reservada para El Que Vive en los Cielos, la calamidad de la pérdida del alma humana no debe imputarse a la negligencia angélica sino a la malicia de los hijos de Eva, vicio que es fuente de toda perdición, así como a la actividad incesante de los diantres, es decir, de los ministros del Diablo).

Aparte de estas actividades, los ángeles tienen las siguientes características: no pueden errar en la verdad, pero pueden pecar en la voluntad, lo cual quedó confirmado después de la caída de los seguidores del Mal: no obstante que Lucifer nunca tuvo dudas respecto

a su conocimiento de la verdad, optó por el amor al mal (dicha elección explica que, como conocedor del Bien, su placer consista en confundir a los hombres e impedir su acceso al camino estrecho y peñascoso, aunque seguro, de la salvación); no tienen cuerpo, pueden tomarlo: de hecho, en la gradación de corporeidad que tanto se parece a las turbaciones de los cátaros, se afirmaba que son corpóreos respecto a Dios e incorpóreos respecto a los hombres, más débiles que Dios y más fuertes que los hombres e inmortales (los diantres, por ejemplo), pero pacibles como los mortales. Una parte de los poderes que los pone por encima de los hombres fue otorgada por san Agustín, quien afirmó que los ángeles tienen un conocimiento triple de las cosas: a través de la claridad del alba, antes de ser creadas; a través del crepúsculo de la tarde, después de su creación; y a través de la luz meridiana, en sí mismas y en su relación con el Verbo.

No hay motivos sensatos para dudar del hecho de que no existan dos ánge-

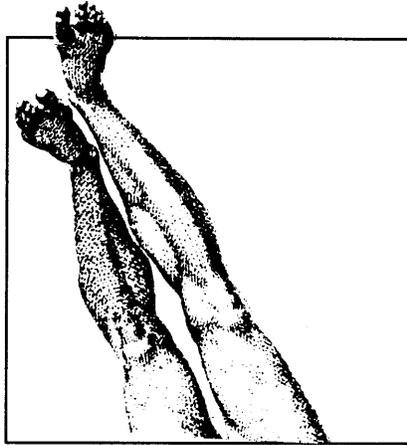
les de la misma especie ni de que cada uno tenga la suya propia, pues eso garantiza una individualidad equiparable a la de la multitud de los seres humanos. Sin embargo, san Agustín decía creer positivamente que los ángeles diferían entre sí, pero ignoraba en qué. Lo que ya no es tan evidente es la idea de que los ángeles no tengan sexo, a pesar de la siguiente declaración evangélica: "pues en la resurrección no se casarán ellos ni ellas, pues serán como ángeles de Dios en el cielo" (Mateo 21, 30), ya que Justino, apoyado en Génesis 6,2 ("y, viendo los hijos de Dios que las hijas del hombre eran hermosas, se procuraron esposas de entre todas las que más les placieron", donde la frase "los hijos de Dios" se refiere a los espíritus angélicos) concluyó que los ángeles tienen un cuerpo parecido al humano, con las mismas necesidades de éste: deseos, apetitos y búsqueda de alimento. Aunque el hambre angélica no se sacia con la misma materia que la de los hombres, dicho autor cree que el pecado de esos espíritus consiste en tener relaciones sexuales con las mujeres pertenecientes a la raza humana, y que de sus ayuntamientos sobrevienen hijos cuyo nombre es el de *demonios*. Sin embargo, se ha tendido a representar a los ángeles de manera ambigua, como si fueran andróginos: casi siempre parecen perturbadoramente bellos y con rostro y aspecto femeninos, pero fuertes (especialmente los arcángeles), lampiños, de pelo largo (o corto y rizado o con bucles), con túnicas o arreos militares y alas, como adolescentes o aún más jóvenes.



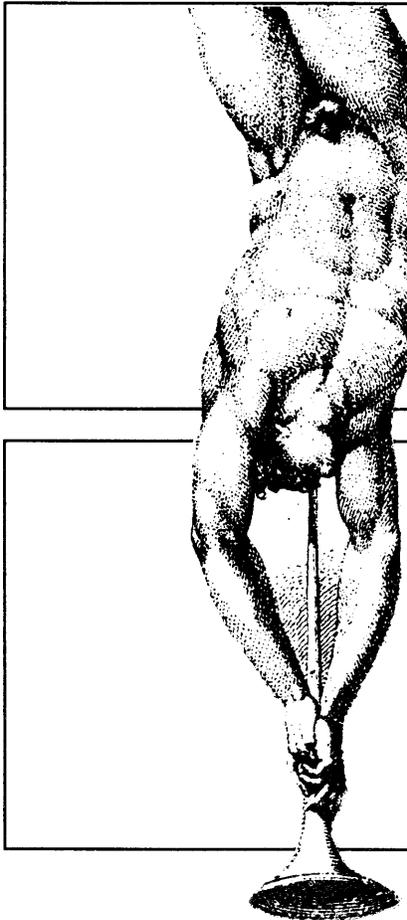
En la suma de adjetivos para los ángeles, también participó Basilio de Cesarea, quien los consideró espíritus "litúrgicos", pues fueron creados por Dios para que fueran sus ministros; dicho con más precisión, de acuerdo a la separación de funciones administrativas y responsabilidades trinitarias: su autor fue el Verbo y su perfeccionador, el Espíritu Santo. Cirilo de Jerusalén y Juan Crisóstomo destacaron la presencia activa de los ángeles en la liturgia, en el *mysterium tremendum*. Más adelante, debido a la popularidad de los ángeles y a su condición de pararrayos de las virtudes, se llegó a comparar la vida angelical con la monacal: al exaltarse la virginidad consagrada, la vigilancia continua y la alabanza perenne de Dios como puntos de convergencia entre los monjes y los ángeles, se afirmó implícitamente que, en la Tierra, aquéllos eran lo más parecido a uno de éstos. Ya colocados en la perspectiva de esa generosa atribución de funciones, no debe de extrañar la definitiva participación de Tomás de Aquino, el "doctor angélico", quien agregó la nerviosa condición ubicua de los ángeles, su carácter intangible, su falta de peso y la certidumbre irrefutable de que toda la corte espiritual cabe, por lo mismo, sobre la cabeza de un alfiler.

No es de extrañar, por tanto, que la Iglesia primitiva haya sido muy reservada para admitir la existencia de criaturas tan extrañas y fascinantes, pues no sólo desencadenaban las fantasías de filósofos y pensadores cristianos, sino que podían inducir a la práctica de principios idolátricos entre los fieles más simples. De hecho, el culto angélico se extendió de tal manera que la Iglesia se vio obligada a reglamentarlo (esos brotes de neopaganismo nunca han dejado de asolar a la ortodoxia cristiana, pues el culto a los santos y a las numerosas advocaciones marianas y crísticas se han sumado al angélico, con el paso del tiempo): el concilio de Laodicea, en el siglo IV, prohibió su adoración cuando ésta se colocaba sobre la de Dios.

Así como los antónimos ángel -demo-



nio no alcanzaron su precisión "moderna" sino hasta el siglo IV, y así como en los primeros siglos del cristianismo se mezclaron historias, interpretaciones y características angélicas, diversas y contradictorias, la iconografía de los ángeles también siguió varios caminos antes de alcanzar las representaciones con las que se les conoce en la actualidad, pues no existía ninguna tradición hebrea-intimamente iconoclasta -a la cual referirse. Por eso es que, hasta el siglo IV, estuvieron despojados de alas: sólo se



les representaba como figuras juveniles, andróginas, imberbes (casi iguales a las primeras imágenes de Cristo), ápteras y sin nimbo, con túnica y palio; a partir de ese siglo comenzaron a adquirir alas y nimbos, a semejanza de las níké, genios alados del arte clásico, por influencia de las Victorias griegas o por la iconografía de Hermes, quien era representado con alas incipientes en pies y hombros. Más adelante, en Occidente fueron representados con vestidos de color blanco, como signo de su pureza, mientras que la Iglesia de Oriente prefirió los vestidos de color púrpura, por el simbolismo del fuego y su virtud de iluminación. Sin embargo, el obispo Juan de Gabala, en el concilio de Nicea, sostuvo que las vestiduras debían ser blancas, de acuerdo a *Hechos* 10, 30, donde se afirma que "el ángel vestía de blanco".

No obstante las tentativas por mantener la cordura y por evitar la proliferación de seres fantásticos, la Iglesia terminó aceptando un principio de organización de la corte angélica, gracias al despilfarro estadístico de san Pablo quien, en varias de sus epístolas, agregó nuevos coros de ángeles a los tradicionalmente hebreos: tronos, potestades, virtudes, dominaciones y principados. Ante el apremio por justificar las novedosas aportaciones de Pablo, se entiende que, desde el punto de vista iconográfico, sean las paulinas las categorías más imprecisas, tanto en su representación como en su conceptualización, por lo que no es de extrañar que los querubines y los arcángeles sean los coros mejor caracterizados (para evitarse problemas, los pintores y escultores han optado por representar a los demás coros, salvo al de los ángeles, como una cabecita rodeada de alas para mostrar su incorporeidad). No es azaroso que haya sido el pseudo Dionisio Areopagita (*De coelesti hierarchia*), quien fue convertido por san Pablo, a quien se atribuya el ordenamiento más divulgado de la corte espiritual. Lo que hace sospechosa la intervención del pseudo Dionisio es que la idea de la existencia de nueve coros fue codificada en el siglo V y que el orden de los

ángeles parece ser de origen oriental. Esto ha permitido abrigar la sospecha de que san Ambrosio, autor más antiguo que el Areopagita, pudo haber formulado previamente la tesis de los nueve rangos angélicos.

De acuerdo al pseudo Dionisio, hay tres órdenes o jerarquías constituidas por los nueve coros, que se ordenan en series de tríadas y se gradúan según su importancia: tronos, querubines y serafines; potestades, dominaciones y virtudes; príncipes, arcángeles y ángeles. La primera jerarquía rodea a Dios, en perpetua adoración; la segunda, gobierna las estrellas y los elementos; la tercera, ayuda directamente a la jerarquía humana a elevarse hacia Dios.

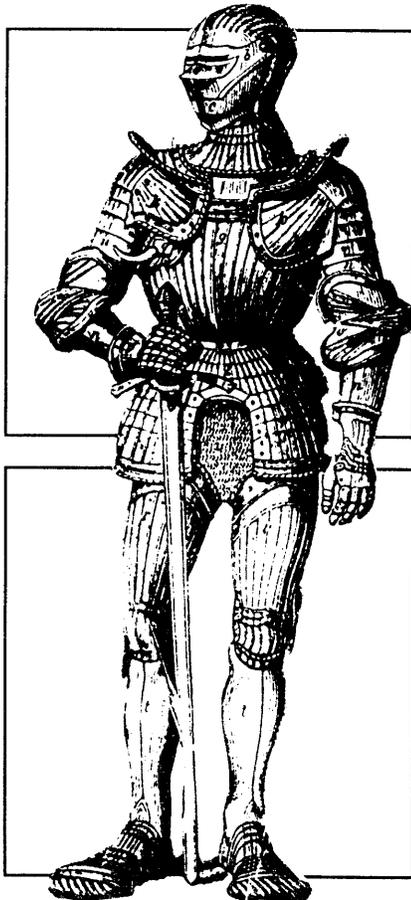
En la primera, los tronos contemplan y adoran a Dios al tiempo que lo sostienen (*Colosenses* 1, 16-17). Se representan como ruedas de fuego con alas a su alrededor, sembradas con ojos y, a manera de atributo, pueden sostener pequeños tronos sobre sus manos. El conjunto de este coro puede parecer un trono, sobre el cual se asienta El Todopoderoso.

El coro de los querubines u orantes admira la sabiduría y perfección de Yahvé, al tiempo que le sirve de montura, arrastra su carro y sostiene al primer coro, que es el trono. Su importancia se puede advertir a través de uno de los epítetos del Supremo: "el que está sentado sobre los querubines". "Kerubim" en hebreo, alude a "quien separa lo sagrado de lo profano": uno de ellos fue el custodio de la entrada del Edén (vigilante un poco distraído, hay que admitirlo, pues la Serpiente supo deslizarse hasta el Árbol del Conocimiento). Se han representado con una cabeza y dos alas, de color azul o amarillo dorado; a manera de atributo, pueden sostener un libro. Sin embargo, en Occidente también han adquirido aspectos tetramorfos, mientras que, en Oriente, han sido vistos con cuatro cabezas y cuatro alas.

Los serafines o ardientes participan de la bondad del Creador, no obstante que "serafim", en hebreo, significa "serpiente" (será por eso que el querubín



que guardaba el Paraíso se hizo de la vista gorda). Son guardianes e instrumentos de la divinidad, fuerzas de la muerte y de la vida, y purifican a los hombres. Se les representa con una cabeza y seis alas: con un par se cubren la cara, por el temor de ver a Dios; con otro, vuelan; con el último, se cubren los pies, cuyo valor eufemístico es el del sexo (*Isaías* 6, 1 ss.): la tradición pictórica ha solucionado esta proliferación mediante el ingenioso recurso de super-



poner capas de colores dentro de un solo par de alas. Su color es el rojo.

En la segunda jerarquía, las potencias o potestades velan sobre los dominios humanos, las dominaciones velan sobre los buenos espíritus y las virtudes velan sobre el cuerpo de los hombres. Potestades y virtudes pueden estar adornadas con azucenas o rosas rojas, y las dominaciones pueden estar coronadas y sostener orbes o cetros. Estos tres coros se visten con largas albas, cinturones de oro y estolas de color verde, sostienen el sello de Cristo en su mano izquierda y portan un anillo de oro en la derecha.

En la tercera jerarquía, los principados velan sobre todo el género humano; los arcángeles, que tienen siete pares de alas, además de ser mensajeros, velan sobre los reinos. Los ángeles sólo tienen un par de alas y velan sobre los individuos y las iglesias. La popularidad de los últimos reside en que también pueden ser los custodios de cada persona, misión que tuvo su origen en *Mateo* 17, 10: "Guardaos de despreciar a alguno de estos pequeños, pues yo os digo que sus ángeles, en los cielos, ven continuamente la faz de mi Padre, que está en los cielos". Son los mensajeros por antonomasia; según Zacarías, interpretan los signos y las visiones, y su culto se difundió mucho entre los siglos XVI y XVII. A los tres coros de esta jerarquía se les puede representar con vestidos militares, armaduras, cinturones de oro, jabalinas y hachas.

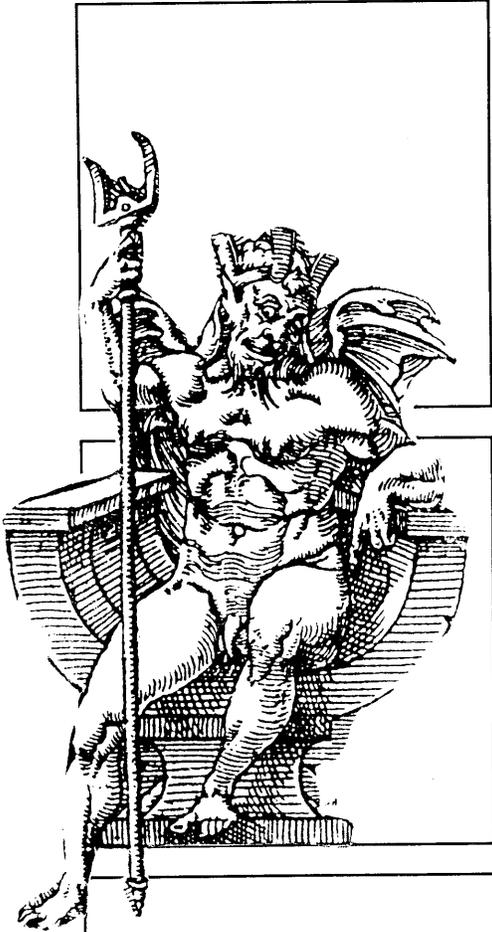
Las representaciones antedichas están fundadas en el criterio bizantino y así aparecen en la iglesia de San Marcos, en Venecia. Sin embargo, faltaría agregar un pseudocoro intrascendente, el de los *puttis*, seres semiangélicos clasificados por los historiadores del arte y por las necesidades decorativas de los pintores, escultores y talladores barrocos: son aquellos que, como mariposas, pululan en las pinturas de tema religioso y cuyas funciones son más bien imprecisas: rodear a la Trinidad o a la Virgen, ornamentar una escena bíblica o martirológica, formar una alada valla, mofletuda y pueril, en torno de los cielos; también la de sostener, a

manera de falsas columnas, los pisos y calles de los retablos o los altares. Son ángeles barrocos, niños alados, sin diferencia con los Cupidos infantiles.

Así, pues, cada coro mora en un cielo, tanto más elevado cuanto más cerca de Dios. La primera jerarquía está más cerca de Él y, al santificarse, ilumina a la segunda; ésta, a su vez, a la tercera. De arriba hacia abajo, los tronos inundan de luz a los hombres; de éstos hacia los tronos (es decir, de casi lo más bajo hasta casi lo más alto), existe una elevación por medio de la purificación y la iluminación, que llega al Altísimo. Sin embargo, de acuerdo a las interpretaciones de Plutarco, del neoplatonismo y el gnosticismo, mientras los espíritus angélicos se hallen más cerca de la Tierra, más imperfectos y perjudiciales serán para el hombre, de manera que, paradójicamente, los ángeles guardianes resultarían nocivos para la humanidad. Esta interpretación no debería pensarse propia de la heterodoxia, pues Orígenes, autor tan lleno de patristica, creía que por culpa del pecado original había una degradación de los seres a partir de la Trinidad, degeneración que desciende desde los arcángeles hasta los demonios, de conformidad con el pecado, a través de los ángeles y los hombres.

Los padres de la Iglesia y los teólogos, siempre atentos a la explicación de las minucias metafísicas, han postulado muchas cosas respecto al orden angélico, de tal manera que los misterios que se creían insondables alrededor de los espíritus puros se pueden considerar

descifrados. Así, para el caso de los últimos coros, se prefiere la idea de que los ángeles solamente son símbolos espirituales o de las funciones de Dios o de las relaciones entre el hombre y su Creador o de las carencias y límites humanos. Si la interpretación simbólica no resultara estimulante, se puede optar por la literal y suponer que los ángeles son seres que anuncian los misterios sagrados a la humanidad doliente o, con más obviedad, que son la corte de Dios; de aquí se puede derivar la certidumbre de que los ángeles son la casa de Dios, el cielo del Cielo o, más atrevidamente, los que sostienen y mueven las luminarias estelares. Este zodiaco atenuado, hecho de suaves líneas dibujadas entre los planetas y los ángeles, ya ha sido entrevisto por Jámblico y Proclo, y expuesto en obras como la *Oracula chaldaica* y el *Corpus Hermeticum*, y permite establecer relaciones complejísimas entre los hombres (cada uno con su ángel guardián), las estrellas (cada una a cargo de un ángel), el Cielo místico (formado por el conjunto de la corte angélica) y cada una de las naciones, pues el pseudo Dionisio Areopagita y Clemente de Alejandría descubrieron que existe una relación secreta entre el número de los países y el de los ángeles, de manera que, por ejemplo, Miguel resultaría ser el arconte del pueblo judío... Tarot, quiromancia, cartografía, geografía y astrología judiciaria pueden hallar, así, una liberación ortodoxa en la que el mundo abigarrado de los ángeles se moviera alrededor de una armonía insondable pero precisa que no deja de tener su lado perturbador: también existiría la contraparte oscura, la de los diablos de la guarda, la de los ángeles caídos que patrocinan a las naciones y configuran la negra geografía del utramundo, pues no debe olvidarse que la guerra celestial se prolongará hasta el fin de los tiempos, mediante escaramuzas y enfrentamientos minúsculos, cuando la victoria última y definitiva se decida, según el *Apocalipsis*, del lado de Dios y de los justos (aunque García Márquez sugiere una duda a través de las especulaciones



del padre Antonio Isabel, en *Cien años de soledad*: “que probablemente el diablo había ganado la rebelión contra Dios, y que era aquél quien estaba sentado en el trono celeste, sin revelar su verdadera identidad para atrapar a los incautos”).

De pronto, después de la angelical euforia del cristianismo primitivo, de la patrística, la escolástica y la Edad Media, el pensamiento religioso pareció ceder su ímpetu angelológico a los artistas plásticos del Renacimiento y el Barroco y, más tarde, a ciertas maneras predecadentistas del Prerrafaelismo decimonónico. Mal asunto, pues ya se sabe que Platón expulsó a los poetas (digámoslo modernamente: a los artistas, en general) de su república ideal por filosóficas razones de Estado: engañan a los ciudadanos con apariencias, que los distraen de sus altas labores republicanas. Tal vez ocurrió que la Iglesia dio por totalmente definido y cerrado el caso de los espíritus puros y los dejó a la deriva de la Historia. Aparte de las obras pictóricas y escultóricas que incluyeron el tema de los ángeles, tocó a otro autor heterodoxo agregar las últimas notas acerca de esos espíritus, por lo menos en Occidente. Me refiero al místico sueco, Emanuel Swedenborg, radicado en Inglaterra, autor de *De Coelo et Inferno* (1758) y *Sapientia angelica de Divina Providentia* (1764).

Swedenborg, quien tuvo el privilegio de conversar *personalmente* con los ángeles, afirmó que los espíritus de los salvados se convierten en ángeles del Señor, que dos que se han amado en la Tierra y ascienden al Cielo pueden solicitar el compartimiento de un solo cuerpo que contenga a los ángeles de los dos enamorados, que en el estado angélico basta con pensar a una persona para que dicha persona aparezca junto al ángel que lo llamó... Swedenborg también *vio* que los cielos son “nacionales”: hay un cielo inglés, uno sueco y otro mexicano, etc., de manera que las almas no extrañen su entorno habitual después de la muerte, y lo mismo ocurre con los infiernos; asimismo, supo que los muertos no se dan cuenta de su cambio de

naturaleza sino de manera gradual: los salvados se van acercando naturalmente a los ángeles, hasta que se vuelven como éstos, y los condenados hacen lo mismo con los diablos. Si es cierto que los ángeles son espíritus muy simpáticos para los hombres, debe reconocerse en las visiones del místico sueco la encarnación de la fantasía humana de llegar a ser como ellos.

Después de Swedenborg, los ángeles se han quedado en el arte a través de las representaciones de Dante Gabriel Rossetti, Klee, Passolini, García Márquez o Rilke. La cultura moderna, desacralizadora de hadas y ninfas, también ha terminado por expulsar del mundo a los espíritus puros, de manera que, en su exilio, estos apenas se dejan reconocer a través del resplandor de una piel contra la noche, en la sutil espesura de unos ojos, en toda axila de mujer (donde resuena el aleteo de un ángel) o en los secretos rescatados de la lengua de la amada... desde ese penúltimo espacio de sacralidad moderna que es el erotismo, tal vez se pueda pensar, irreverente y amorosamente, que “los ángeles son las putas del Cielo” o, como lo dijo Rilke en las *Elegías de Duino*, que “todo ángel es terrible”.

